

recuerda continuamente, que has jurado defender los derechos espirituales y temporales de la silla de Pedro, *usque ad effusionem sanguinis*, aunque fuere preciso derramar hasta la última gota de tu sangre preciosa. Presto se trocará la túnica purpúrea por la cándida veste del Vicario de Cristo; pero tus promesas subsistirán como siempre, y habrá que unir la firmeza del soberano á la innata dulzura de tu alma.

IV

En efecto, Señores, el 6 de Junio de 1846, un inesperado correo de Roma vino á sacar al Cardenal Obispo de Imola de sus sagradas ocupaciones. Gregorio XVI había muerto: el Cónclave iba á reunirse: como miembro del Sacro Colegio, era menester que acudiese sin demora á la elección del nuevo Pontífice.

¡Cuántas veces he oído hacer reminiscencias de ese célebre cónclave! Quién auguraba la tiara á este Purpurado; quién la prometía á aquel; quién la daba al antiguo Secretario de Estado de Gregorio; quién á tal ó cual amigo del Austria, entonces cuasi omnipotente en Italia. Pero ninguna conjetura, ninguna probabilidad, ningún augurio favorecía á Mastai-Ferretti; y cuando la señal conocida anunció la elección, sin proclamar al nuevo Pontífice por la hora avanzada de la noche, á los parientes y amigos de un Cardenal bien diverso se enviaron correos con erradas noticias.

Papam habemus: resonó el 17 de Junio en las alturas del Quirinal; *tenemos Papa*, clamaron en breve todas las ciudades de Italia y del orbe; y ese *gran gozo* á que excitaba al mundo católico el Purpurado pregonero de tan fausta noticia, *annuntio vobis gaudium magnum*, se tornó en breve en verdadero frenesí, al saber que el benévolo

Cardenal Mastai-Ferretti era Pontífice Supremo, y al presenciar los primeros piadosos actos de quien no sin designio escogió el nombre de Pío. Jamás soberano alguno ha tenido mayor necesidad de meditar á menudo en las palabras que el 21 de Junio, al ser solemnemente coronado, se le dirigieron segun el rito al quemar la simbólica estopa: *sic transit gloria mundi*. De gloria iba á cubrirse el nuevo Sucesor de San Pedro, desde el momento de pisar las gradas del solio; de gloria cual ninguno de los centenares de Papas-Reyes que le habían precedido; de gloria inmensa que había de ser seguida por desventuras también sin ejemplo.

¿Quién no recuerda el mágico efecto que produjo la palabra *amnistía*, pronunciada por Pío IX? Aún resuenan en los oídos de todos, los cánticos de gozo que, desde los Alpes hasta las playas de Sicilia, resonaron en su alabanza; aún se repiten los himnos que en loor de la blanca bandera tremolada por el Vicario de Cristo se cantaban con entusiasmo en los palacios y en las chozas, en las ciudades y en los campos. Jamás conquistador Romano fué objeto de las ovaciones que se tributaron á Pío IX, no una vez como á los Césares, sino todos los días y á todas horas. “Acuérdate que eres hombre,” se repetía á los vencedores de la antigüedad durante los honores del triunfo. Nadie lo dijo al Pontífice; pero él solo se lo decía á cada paso, al verse exaltado tan alto, y á fuerza de lisonjas impelido por una senda que ningún otro había pisado.

“Un Papa que adopta la revolución Francesa para hacer de ella la revolución cristiana, y que la mezcla á la bendición sagrada que derrama sobre Roma y sobre el

Universo, *urbi et orbi*, desde el balcón del Quirinal; un Papa que hace esta obra sublime, gigantesca, no sólo es un hombre, es un hecho.” Estas palabras pronunciaba lleno de entusiasmo en las cámaras Francesas un bien conocido revolucionario, en Enero de 1848. Parecía, en efecto, que Pío IX había amalgamado los elementos mas disímolos. Al lado del augusto Senado de Cardenales, tenía su asiento un parlamento. Libertad, constitución, pidieron las masas agitadas, y constitución y libertad les concedió el Supremo Jerarca: les desagradó el uniforme y carácter eclesiástico en los ministros y funcionarios, y seglares con bordados y charreteras se vieron en puestos que antes ocupaban cardenales y prelados; guardia cívica quiso Roma, y se distribuyeron armas á la plebe ávida siempre de novedades. Fué Pío IX por la senda de las reformas hasta la última extremidad; pero la Revolución se encargó de probar al mundo, que esa amalgama que el Senador Francés juzgaba un hecho, era absolutamente irrealizable; se encargó de justificar la sentencia que, algunos lustros después, había de pronunciar el mismo Pío IX, condenando en el famoso *Syllabus*, á quien ose afirmar que: *Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere*. ¿A qué recordaros acontecimientos que nadie ha olvidado? Los mismos que aclamaban á Pío IX, y quisieran poner sobre sus sienes la corona de Italia, y verlo al frente del ejército con que aspiraban á humillar á una nación católica, truecan su amor en saña, dirigen contra él sus maldiciones y sus tiros, y lo obligan á salir fugitivo de la Ciudad y pueblo que había colmado de beneficios.

En la roca de Gaeta empieza una nueva era para el manso Pontífice. La época de las concesiones ha cesado; principia la lucha. Y esta guerra, notadlo, no es el Pontífice quien la declara, no es él quien la provoca. Él en todo ha cedido, á todo se ha plegado; pero se ha pretendido arrojar ignominiosamente la tiara de su consagrada cabeza para sustituirla con el gorro frigio; y ¿cómo había de sujetarse á tal mengua? Empieza una nueva lucha; pero creedlo, es más fácil que la que acaba de sostener. Para luchar contra ejércitos, para no ceder á tormentos, para salir triunfante de persecuciones, se necesita una alma fuerte, sí, pero no de temple tan heróico como para resistir á las alabanzas y á la gloria. Detenerse en un camino sembrado de flores, cerrar los oídos á la lisonja universal, dominar al dulce enemigo de la vanagloria, esto, Señores, se ve muy rara vez en el mundo, y esto lo hizo Pío IX al dar el primer paso en el camino de Gaeta.

Más tarde se propuso á otro Rey lo que antes al soberano de Roma. En brazos de la adulación se le condujo de crimen en crimen desde el pié de los Alpes hasta el palacio del Quirinal. A cada corona que le obligaban á hacer pedazos; á cada injusticia que se veía forzado á sancionar; á cada sacrilegio que lo compellían á cometer, se rehusaba, se resistía, se negaba: al fin era valiente y caballero, y su familia ha dado santos al cielo y á la Iglesia; pero el indomable en la guerra y en la caza; el que jamás retrocedió ni ante fieras ni ante huestes contrarias, se rindió á la ambición, se entregó encadenado á los que á fuerza de llamarlo *grande*, lo condujeron á robados alcázares para poner en sus tristes

sienes mal forjada diadema. Ya murió, Señores. Dios lo llamó á juicio pocos días antes que al despojado Pontífice: no lo juzguemos hoy nosotros. Comparemos, sí, la figura de Pío IX, con la de Víctor Manuel; y nos abismará la grandeza de aquél, vencíéndose á sí mismo en la época de triunfos y honores, de ovaciones y gloria.

V

Era el 12 de Abril de 1850. La Señora de las siete colinas se ostentaba ricamente ataviada cual la esposa el día de las bodas, *tanquam sponsa parata viro suo*. Sus calles cubiertas de flores, sus palacios adornados de ricos tapices, sus templos y edificios prolongando el día venturoso con las brillantes iluminaciones que no se extinguían en toda la noche, proclamaban al mundo que el Pontífice Romano tornaba á su Sede, que otra vez se hallaba entre su pueblo, que ya no volvería á abandonar. Esta vez las aclamaciones que poblaban el viento no respiraban ya el tono de la falaz demagogia; y repetidas constantemente por veinte años en este fausto aniversario, mil veces atronaron mis oídos, haciéndome testigo presencial del intenso gozo de los verdaderos romanos, por la vuelta de su Padre y Soberano.

Hay un viejo proverbio, pasado á regla de derecho, que nos dice: que donde está el Papa, allí también se encuentra la Curia Romana: *ubi Papa, ibi Roma*; y de ello dió Pío IX en Gaeta pruebas manifiestas. Olvidado de su destierro y de sus penas, desde allí expidió decretos y leyes, desde allí dirigió epístolas á los Obispos todos del Orbe Católico, consultándolos sobre un gran paso que hacía tiempo meditaba su ánimo piadosísimo.

Restituido á su residencia, ya pacífica, puede ahora realizar su intenso deseo; y seguro de que en todas las diócesis de la Cristiandad ha existido siempre la creencia de que María, Madre de Dios, exceptuada de la ley general, quedó desde el primer instante de su concepción exenta de la culpa de origen; seguro de que en todas partes se ha considerado esta verdad como perteneciente al sagrado depósito de la Fé; seguro de que los fieles le han prestado su pleno asentimiento, aun antes de estar á ello obligados bajo pena de anatema, se resuelve á llevar á cabo su grandioso designio, declarando con toda solemnidad que es dogma de fé el misterio consolador.

No intentaré describiros en este día tristísimo el acto glorioso en que Pío IX, bajo las augustas bóvedas del mayor templo de la cristiandad, circundado por una corona de Obispos, tan numerosa y brillante como no se había visto por siglos, hizo resonar su voz infalible ante la arrodillada multitud, y honró como Pontífice á la Inmaculada Virgen que desde niño había venerado con particular devoción. Jamás se olvidará en nuestra patria el 8 de Diciembre de 1854. México, que en medio de sus extravíos ha conservado grande afecto á María, en el misterio de su concepción purísima, recuerda constantemente, llena de gratitud, esta declaración solemne, bastante por sí sola para inmortalizar á un Pontífice.

Era la época de paz, de consuelos y de triunfos: era la dulce calma precursora de terribles tempestades. Poco antes de declarar dogma de fé la Inmaculada Concepción de María, había restablecido Pío IX la Jerarquía católica en la perseguidora Holanda y en la protestante Inglaterra. ¡Cómo! exclamará quizás alguno. ¿No sub-

siste ya la obra de Enrique VIII? ¿Se ha desplomado el edificio de Lutero? Los hechos, Señores, hablan más que los argumentos. Id, id á los países llamados protestantes, y veréis los inmensos progresos del catolicismo. Hijas del libre examen las herejías del Siglo XVI, tenían que caer bajo su propio peso, y ceder de nuevo el terreno á la verdad triunfante. Ya en fines del siglo antepasado señalaba el gran Bossuet las *variaciones* del protestantismo; ya entonces mostraba que casi había tantas sectas como cabezas, y que cada día y á cada hora variaba una religión que no tenía regla segura de fé. Otra centuria ha hecho variar tanto la mentada *Reforma* protestante, que ya no pueden entenderse sus sectarios; y los que no se han acogido al seno de la verdadera Iglesia, han caído en las aguas del racionalismo, del panteísmo, del indiferentismo. La divinidad é inspiración de los Libros Santos, de esa única é infalible autoridad, que al principio afectaban reconocer, se niega ya, ó se pone en duda por muchos de sus jefes; y aun este punto de apoyo se ha perdido en medio del naufragio. No basta para sostenerlo toda la tiranía de la anticatólica Prusia; no basta la persecución general á todo el que profesa la verdadera Fé. Los pocos restos del protestantismo que han podido salvarse, se ven precisados á acogerse á algunas de las antiguas colonias españolas, donde el pueblo, sin instrucción en materia religiosa, y la clase ilustrada atenta tan sólo al lucro temporal, podrán quizá recibir á los tristes desheredados, y dar motivo á que digan los extraños, con sarcasmo, que en materias religiosas, como en otras, *el progreso no es fruto de los países cálidos.* Sí, Hijos míos; mientras aquí,

sin examen, sin estudio, sin reflexión hay quien, retrocediendo tres siglos, se incline al ya muerto protestantismo, en Inglaterra, en Holanda, en Escocia se camina á grandes pasos á la unidad; y á Pío IX cupo la dicha de restablecer la Jerarquía católica, en las dos primeras hace cinco lustros, en la fanática patria de Juan Knox, momentos antes de morir. Cúpole la satisfacción de ver crecer de una manera asombrosa la población católica de los Estados Unidos de América, y de aumentar en ella en proporción el número de Pastores. Aun aquellas provincias que nos arrebataron los azares de la guerra, y por cuya suerte religiosa temblaban en México, al pasar á otras manos progresaron no sólo en población, industria, comercio, sino también en religión; y los vastos territorios de California, Nuevo-México y Tejas, en vez de ver los horrores que nosotros hemos presenciado, sienten ahora los beneficios de centenares de conventos, y colegios, de templos y oratorios en ellas construidos á gran prisa; y Pío IX, en medio de la amargura que le causara el indiferentismo de la América aún española, tuvo el consuelo de erigir varios arzobispados y muchas diócesis, donde antes vagaba apenas algún aislado misionero.

¡Cuánto cambió en Oriente la situación de los cristianos en el reinado de Pío IX! ¡Qué gozo inefable sentimos todos al ver al augusto Pontífice consagrar con sus propias manos á un arquimandrita de Bulgaria, que á la cabeza de cuatro mil de sus correligionarios, tornaba del cisma á la unidad católica!..... ¿Pero, á qué cansaros, Señores? Los números hablarán más claro, y os mostrarán que en el orbe entero es grande el nombre

de Pío IX. Al terminar su largo Pontificado, había erigido treinta sedes metropolitanas, y más de ciento treinta episcopales; el número de delegaciones, prefecturas y vicariatos apostólicos pasó de cincuenta. El que grande era como sacerdote, grande era como rey. Prueba de ello, las ovaciones de que fué objeto en la visita á sus Estados en 1857. El *hosanna* que lo acogió al poner las plantas fuera de las puertas de Roma, lo acompañó sin cesar en su larga excursión, y siguió resonando con eco dulcísimo, aún durante su paso por el Gran Ducado de Toscana. Estos triunfos, Señores, los vieron mis ojos: estas aclamaciones hirieron mis oídos. Sin ser observador ni político, se comprendía la diferencia entre estos *vivas* y los gritos inconsiderados del 48. Salían de corazones agradecidos, contentos con el suave yugo del Papa-Rey, y respirando felicidad en sus dominios.

VI

He recordado ¡oh gran Pío! tus triunfos: es tiempo que recuerde tus penas, tus inefables penas, comparables sólo, como la amargura de la hija de Sión, con la inmensidad del Océano. *Magna est velut mare contritio tua.*

Casi al mismo tiempo que del orbe entero acudían á Roma Obispos y Doctores, para la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción, las escuadras de Inglaterra y de Francia volaban á Crimea, á contener el ímpetu del enfurecido Moscovita. Las acompañaban unos cuantos millares de soldados de un pequeño reino situado al pié de los Alpes, y que sin intereses en Oriente, sin representación en Europa, no se comprendía qué iba á hacer á tan remotas comarcas. Menos se comprendían los repetidos elogios que á esas tropas se prodigaban á cada hecho de armas en que tomaban parte, aunque insignificante; á cada maniobra y cada movimiento, aunque fuera en una parada militar. Más incomprensible fué todavía el ver al representante del diminuto Piamonte, admitido en el Congreso de París, al lado de los plenipotenciarios de las naciones más poderosas, emitiendo su voto al igual de todos, y haciendo prevalecer sus extraordinarias pretensiones.

Astiterunt Reges terræ et Principes convenerunt in unum